y no faltaría una amiga que trajera á Anita; y por supuesto, con todo el decoro debido, arreglarían sus asuntos, cuyo desenlace tendría lugar en otro teatro. Pero contener en la virtud y en el platonismo una pasión intensa que podría desbordarse en el momento menos esperado, y conducir la empresa con tal habilidad y acierto, que los amantes puedan llegar sin naufragar al Puerto de Himeneo, me parece un asunto lleno de inconvenientes, No obstante, Fabián, cuente usted conmigo, como con una aliada fiel, y mande lo que guste.

Gracias, Natalia, no esperaba ménos de su amistad; pero dejaremos para otra ocasión la exposición y desarrollo de mi proyecto, porque no me es posible prolongar mi visita, dijo Fabián mirando el relox. Ahora sólo diré á usted que confío en la virtud de mis protejidos, al menos en la actualidad, y nosotros les ayudaremos á sostenerse.

Dios permita que no se engañe usted.

Fabián se despidió, y Doña Natalia quedó apoyada en el barandal del corredor esperando que su amigo bajase la escalera.

Cuando atravesando el patio, Fabián la saludó con la mano, le dijo Doña Natalia: Fabián, advierto á usted que el pozo está tapado y los perros bien amarrados.

Ofrezco á usted, amiga mia, contestóel escéptico, que á pesar del pozo abierto y de los perros sueltos, volveré pronto.

Sabe usted que siempre se le recibe con gusto.

Gracias.

Fabián partió en su cupé, y Doña Natalia se encerró en el gabinete preocupada con la conversacion que tuvo con su amigo.

VI.

Una noche lluviosa y profundamente oscura del mes de Junio, á la hora en que todas las iglesias de México daban el toque de ánimas, un viejo simón que caminaba penosamente por las mal empedradas calles, se detuvo en la puerta falsa del Convento de Nuestra Señora de las Mercedes.

Dos hombres que iban en el vehículo se apearon, y dando con un bastón algunos golpes en la puerta con ciertos marcados in

tervalos, ésta se abrió dando paso á los que tocaban y en seguida se volvió á cerrar.

Mientras los recién llegados, conducidos por un hermano lego, atravesaban los oscuros claustros, subían la amplia escalera, dejaban atrás los hermosos corredores del bello patio del convento y se detenían ante una celda apartada, el simón había ido á situarse en la esquina de la calle de Nahuaclato.

El hermano lego, acercándose á la puerta de la celda, dijo con voz gangosa y atiplada:

Deo gracias.

A Dios sean dadas, contestó de adentro una voz que parecía más propia para mandar soldados que para hacer preces.

¿No interrumpiré á vuestra reverencia en sus oraciones? preguntó el lego.

No, hermano, ya he concluido, ¿qué se le ofrece? contestó la misma voz un tanto dulcificada.

Aquí están los hermanos que envía el Reverendo Padre Prior, de Nuestro Padre Señor San Agustín.

Pueden entrar hermano, dijeron de adentro.

El lego empujó la puerta, hizo entrar á los que acompañaba, y volviendo á cerrar, fué á acurrucarse en un monumental confesionario de exquisito cedro con magníficas entalladuras que yacía lleno de polvo en un rincón inmediato.

Pensó, sin duda el buen hermano que allí esperaría con más comodidad las órdenes de su prelado.

La celda del Reverendo Padre Fray Pedro Nolasco Villalpando, alta dignidad en la orden de Mercenarios, se componía de tres piezas.

La primera, una especie de sala donde recibía, era espaciosa, casi cuadrada, con pavimento de ladrillos que en parte cubrían largos *petates* de palma de la Puebla, con rombos ó cuadros encarnados. En el fondo de la pieza se veía una gran ventana con vidrios pequeños y verdosos asegurados con cañuelas de plomo.

En las paredes laterales, cerca del fondo, se abrían dos puertas, una enfrente de la otra y conducían respectivamente á los dormitorios de Fray Pedro y del lego que le servía.

El ajuar de la sala era en extremo sencillo. Consistía en una gran mesa de cedro con las piernas llenas de molduras formando espirales, así como las traversas ó teleras que inmediatas á los pies los aseguraban.

Sobre de la mesa había un Santo Cristo de marfil clavado en una cruz de ébano; un juego de tintero de azulejo surtido de plu-

mas de ganso; un candelero de estaño con su vela de sebo encendida; y en fin, una pantalla de hoja de lata forrada de tafetán verde.

Junto á la mesa y del lado de la pared, había un sillón de madera de nogal con respaldo y asiento de vaqueta, asegurados con tachuelas de laton, que formaban labores.

Una docena de sillas con asiento de *tule*, cubría parte del friso, ó guardapolvo pintado de almagre, con que la pared blanqueada, terminaba por la parte inferior.

A unas dos varas de altura del suelo, el buen Padre había colocado una colección de estampas de Santos, que rodeaba sin interrupción toda la celda.

En cuanto á las puertas, ventanas y vigas de la celda, todo era de oloroso cedro.

Estaba Fray Pedro recargado sobre el respaldo del sillón; tenía los ojos cerrados, y movía los labios como si aun rezara.

Los enviados del Prior de San Agustín permanecieron en pie á una respetuosa distancia, esperando que el Reverendo Padre concluyera su oración.

Fray Pedro, que sin duda había producido el efecto que se propuso, fingió que terminaba el rezo santiguándose, colocó sobre la mesa un libro forrado de pergamino con cantos encarnados y un rosario que tenía en la mano; y levantándose, dando á su fisonomía un aire lleno de bondad, saludó á los recién llegados.

Señor Don Braulio; señor Coronel; esta pobre celda se halla en extremo honrada con la presencia de personas tan distinguidas.

Reverendo Padre, dijeron los aludidos inclinándose, nosotros somos los honrados y dichosos con haber penetrado en esta mansión, donde moran la sabiduría y la virtud.

En seguida acercándose al fraile le besaron la mano y después el hábito.

Hermano Andrés, dijo Fray Pedro con voz imperativa, acerque usted sillas para estos señores y hágales chocolate.

Gracias, Padre, acabamos de tomarlo, dijeron los visitantes.

¿De veras? preguntó el fraile.

De veras, Padre.

Es que en esta pobre celda, no falta nunca un par de tablillas de buen Tabasco.

Mucho lo agradecemos, Padre.

El lego Andrés, que había acercado las sillas, permanecía en pie esperando órdenes.

Hermano, le dijo Fray Pedro, póngase de guardia en la puerta y no permita que alguien nos venga á interrumpir. Si algún Padre pretende entrar, le dirá que estoy confesando á unos señores.

Está bien, Reverendo Padre, contestó el lego, y haciendo una genuflexión salió de la celda cerrando tras sí la puerta.

Fray Pedro se sentó cómodamente en la poltrona recargándose en el respaldo, de modo que la sombra proyectada por la pantalla le cubriese el rostro.

Era el fraile hombre que se acercaba á los cuarenta años, delgado, de mediana estatura, algo moreno y pálido, de rostro aguileño, labios finos y nariz delgada, aunque saliente; sus ojos negros como el azabache, relampagueaban debajo de una frente espaciosa, superada con un copete lleno de rizos, con que terminaba el cerquillo, cuidadosamente recortado en la parte anterior de la cabeza.

Las mejillas enjutas y los ojos hundidos, harían suponer á la gente superficial ó devota, que eran resultantes del ascetismo de Fray Pedro; pero á un observador más atento le sería fácil notar que la coquetería con que el cerquillo estaba arreglado, y la elegancia de los zapatos de charol, que contraviniendo á la regla calzaba, denunciaban al fraile como intrépido atleta que no desdeñaba la lucha con el mundo.

Vestía su reverencia hábito blanco de estameña, ceñido á la cintura con una correa negra que descendía hasta la rodilla, y en el pecho ostentaba el escudo de la orden. En su porte se advertía el aseo escrupuloso y el mucho cuidado con que procuraba hacer agradable su persona.

Sentados los enviados del Prior de San Agustín y después de un momento de silencio, que ellos no se atrevieron á interrumpir, Fray Pedro tomó la palabra.

Señores, dijo: son ustedes personas tan conocidas para mí, tanto por su piedad notoria, como por ser miembros distinguidos del partido del orden, además de la confianza que me inspiran por ser enviados por el Reverendo Padre Prior de nuestro Padre S. Agustín, que voy á omitir toda clase de preámbulos para entrar desde luego en materia.

Saben ustedes muy bien que el General Santa-Anna ha faltado á los compromisos que tenía contraidos con la Santa Iglesia: que también la abruma con continuadas exacciones de dinero que acabarán por arruinarla.

Esta situación, tan tirante ya, no puede prolongarse por más

tiempo. Se hace, pues, indispensable que el Gobierno caiga para dar lugar á un orden de cosas más tolerable.

Como la situación es apremiante, no es posible estar en espera de organizar un movimiento puramente con elementos conservadores. Por esta razón se ha pensado, que debemos aprovecharnos de la revolución que avanza, introduciendo en sus filas á nuestros hombres con objeto de que al triunfar, se pueda dar á la cosa pública el giro oportuno; ó bien derribar lo que se establezca, si así fuere conveniente á nuestras miras, por medio de una violenta reacción.

Sé que ustedes han aceptado este plan; pero como es necesario que nuestro partido se precava contra las veleidades humanas, se ha dispuesto que todos sus hombres de importancia presten antes de lanzarse á los trabajos que se les encomienden, el juramento de cumplir fielmente con las órdenes que recibieren del Directorio Conservador y de obrar de suerte que los elementos de que dispongan estén siempre á disposición de nuestro partido.

¿Se hallan ustedes, pues, en disposición de presentar este juramento?

Sí, Padre; contestaron los interpelados.

Pues, de rodillas, añadió el fraile con imperio.

Don Braulio y el Coronel, apartaron las sillas en que estaban sentados y se hincaron de rodillas delante de la mesa.

Fray Pedro se levantó, tomó el Santo Cristo, lo aproximó á Don Braulio y con tono solemne preguntó:

¿Jurais á este Divino Señor Crucificado, obedecer sin alterarlas, todas las órdenes que recibais de nuestro Directorio?

Sí, juro: contestó Don Braulio.

¿Jurais igualmente, prosiguió Fray Pedro, convertir en favor de nuestra causa santa todos los elementos de que logreis apoderaros en la revolución?

Sí, juro: repitió Don Braulio besando los piés del crucifijo que el fraile le presentó diciendo: si así lo hiciereis, este Divino Señor os lo premie, y si nó, Él y nuestro partido os lo demanden y castiguen.

Repetida la misma fórmula del juramento con el Coronel, volvieron todos á tomar sus asientos.

Fray Pedro tiró del cajón de la mesa y sacó varios papeles que colocó sobre ella.

Señor Don Braulio, dijo, la misión que usted lleva á la costa del Pacífico es de la mayor importancia.

Este paquete contiene cartas para los Reverendos Prelados de los principales conventos de Jalisco, Colima y Michoacán.

Aquellos Padres pondrán á usted en relacion con las personas que deben ayudarnos, muchas de las cuales se hallan en las filas de los pronunciados.

Este pliego lleva en cifra las instrucciones á que debe usted arreglarse; y como centro de los trabajos en aquella parte del país, ordenará todos los elementos de que pueda disponer, de manera que sean de aprovecharse en el primer momento favorable.

Excuso encarecer á usted la gran necesidad que tenemos de recursos para desarrollar nuestras miras. Por lo mismo le recomiendo que si fuese preciso sacrificar alguna cosa de los intereses de la Nación para adquirir numerario, no vacile un instante, puesto que obramos con el santo fin de salvarla juntamente con nuestra Santa Madre la Iglesia.

No tendrá usted necesidad de mantener relaciones con el Directorio, porque semejante proceder tendría moratorias y peligros. Cuando sea necesario, bastará que se dirija al prelado ó cura más inmediato, noticiándole ó consultando aquello que sea de mucha importancia, para que el Directorio lo sepa ó resuelva.

Por supuesto que en caso de desgracia usted encontrará auxilio seguro en los conventos ó curatos donde lo solicite.

En cuanto á usted, señor Coronel, continuó el fraile, su trabajo incesante será preparar los ánimos entre sus compañeros y subordinados para facilitar el término de la revolución; pero siempre con la mira de hacerla servir á nuestro provecho, ó aniquilarla en caso contrario.

Hará usted listas de las personas de toda confianza que acepten nuestro programa, y me las remitirá por los conductos que indiqué al Señor Don Braulio; pero mucho cuidado en no confiarse de gente que nos pudiera vender.

Cuando llegue el caso, es indispensable que usted pueda contar con las tropas que mande, sin duda alguna, y que tenga relaciones constantes con los jefes que estén comprometidos con el Directorio.

Aquí van más amplias instrucciones en este pliego.

A propósito, ¿qué tiene usted arreglado de los emisarios que debemos enviar por distintos rumbos?

Todo está listo. El Señor de Miravales nos anticipa los fondos necesarios, y una persona de toda mi confianza facilitará los hombres que se le pidan, con todas las circunstancias requeridas.

¿No podré saber el nombre de esa persona?

Sí, Padre, es Doña Natalia Lizárraga.

El fraile quedó un momento pensativo, y luego dijo: no creí que esa señora pudiera proporcionarlos.... sin embargo, me parece que es de fiar.

Indudablemente, dijo el Coronel, ella atiende á su negocio y le importa mucho conservar el crédito con su discreción.

—¿Y cuándo estarán listos esos hombres?

—Cuando usted lo determine, Reverendo Padre.

—Pues ya es tiempo.

—¿Cuántos pidió usted?

—Dije que necesitaríamos cuatro ó cinco.

—No; por ahora no necesito mas que tres. Haga usted que entienda esa señora que los hombres no deben conocerse, y sobre todo que ignoren unos que se ocupan los otros.

Ella mandará uno á uno á este convento en diferentes dias; preguntarán por el hermano Andrés, á quien dirán que los envía la Señora Lizárraga, para ver si el convento puede darles alguna colocación.

De este modo sabré que son los enviados y les daré mis instrucciones.

Conque á trabajar sin descanso, dijo Fray Pedro levantándose de la silla y alargando la mano con el dorso hacia arriba á sus visitantes. Estos, después de besarla devotamente, besaron también el hábito del fraile, y dando las buenas noches salieron de la celda mientras el buen Padre les echaba la bendición.

El hermano Antonio, que dormitaba en el confesionario, se despabiló al ruido de la despedida, y saliendo al encuentro de los visitantes los guió por los oscuros claustros hasta la puerta falsa del convento.

Algunos minutos después el simón, que esperaba en la esquina de la calle de Nahuaclato, se dirijía dando tumbos hacia el interior de la ciudad.

VII.

Tres años después de estos acontecimientos, en una húmeda mañana del mes de Setiembre, galopaban dos gallardos ginetes en sus briosos caballos seguidos de un mozo por la Rivera de San Cosme.

De pronto hicieron alto, y echando pié á tierra, entregaron las riendas al mozo, quien recibió orden de esperar.

Esto pasaba delante de una modesta casita baja, que se hallaba situada enfrente de la arquería, á unos cien metros de la cuasi monumental fuente de la Tlaxpana.

Sobre la puerta por donde los caballeros que se apearon habian entrado, se leia un letrero que decía:

"El Antiguo Tamalito."

La casita merece describirse porque á ella solían concurrir por las tardes, algunas elegantes damas de la aristocracia, para saborear el rico *atole* de leche y los sabrosos *tamales* que allí se vendían; aunque las dichas damas, generalmente se hacían servir la delicada merienda dentro de sus carruajes.

Enfrente de la puerta habia un armazón de madera pintada de azul, lleno de tazas, pocillos, platos, vasos y cubiertos.

Girando hacia la derecha, se veía un saloncito iluminado por tres ventanas rasgadas hasta el suelo, que daban vista á la calzada.

Habia hasta ocho mesas de madera de pino, y unas dos docenas de sillas de *tule;* pero las mesas estaban cubiertas de limpios y encarrujados manteles.

Allí, además del *atole* y de los *tamales*, se servía chocolate, té y café con leche, con pan ó con bizcochos á gusto del consumidor.

Por desgracia el pavimento de la sala, que era de viguetas, no se hallaba en el mejor estado; y solía suceder que al transitar sobre él, las viguetas flojas obligaban á las mesas á moverse de una manera inconveniente, que disgustaba mucho á los parroquianos.